

EL DERECHO A LA MIRADA.  
CARTOGRAFÍA GRÁFICA DEL ARCHIVO ISIDORA AGUIRRE

Andrea Jeftanovic  
Universidad de Santiago de Chile  
andrea.jeftanovic@usach.cl

DE LAS LLAVES EN EL BALCÓN A LA LLAVE PROPIA

Cuando visitaba a Isidora, durante los tres años que trabajamos juntas en torno al libro *Conversaciones con Isidora Aguirre*, entre los años 2006 al 2009, yo tocaba el timbre en el edificio de la calle Rengo 1029 en Ñuñoa. A los pocos segundos ella me lanzaba las llaves por el balcón para no bajar desde el segundo piso. Yo tomaba la llave atada a un cordel en el aire, abría el portón y entraba. Me recibía con su juvenil voz, “pasa, oye, no sabes lo que me sucedió”, y así comenzaba una larga charla. Desde que participo en el proyecto Fondo Documental Archivo Isidora Aguirre, y ella no está, tengo la llave propia para hurgar en sus documentos. El rito ahora es tomar mi manojito de llaves y abrir el portón, subir las escaleras en silencio, escuchar ladrar a la perrita de Nicolás Grum, el escultor y cineasta que ocupa lo que era el living, y dar dos vueltas sobre la cerradura. Ya adentro escucho los “hola” desde las distintas oficinas que provienen de los otros compañeros de taller: una fotógrafa, una artista visual. Una casa joven, dividida en varios espacios. Hay menos cosas en Rengo 29, se fueron el piano, la mesa de comedor, las camas.

La habitación de Isidora sigue casi intacta, es el espacio en el que escribía y dormía. Aparto las persianas, desato los pestillos, abro la ventana con las campanas con el tintineo de becerro. Veo el letrero de Fabiola: “Chicas: dejar cerrada y con pestillo, por favor. F.”, y dejo que entre la luz del barrio. Observo los objetos: unas cajas de cartón, carpetas colgantes, guantes, mascarillas, papeles, sobres, elásticos, lápices, cinco tazas de café del equipo en un pequeño estante, unas cucharas metálicas, un tarro de Nescafé, endulzante en gotas, un paquete de galletas a medio cerrar, un pocillo de mate.

El mural de fotos en la pared del dormitorio sigue intacto desde la muerte de Isidora. Las fotos de los hijos, los nietos, los bisnietos, los amigos, la familia, los premios, los amores, el Che Guevara, las primeras comuniones, el adhesivo “Andrés Pérez: Chile te quiere”. Ahora, en el dormitorio permanecen la radio Kyoto sonando un *cassette* de la sinfonía de Bach, la estufa Waermy con tubos fluorescentes entibiando el frío del invierno, la artesanía de los viajes decorando paredes y estantes. Por ejemplo, un títere mexicano con traje celeste y sombrero que cuelga de un clavo del estante Muebles Sur es mi favorito.

En este espacio hay mucho silencio, ya no están sus dedos diligentes tecleando su computador *Compaq* o la impresora arrojando sus últimos textos. El espectro de Isidora comanda este trabajo, su ausencia se hace presente en estas veinte y cinco mil páginas organizadas en 67 cajas Rhein, 40 afiches, doce cajas con diplomas y galvanos, varios estantes con libros de su autoría y de otros, dos armarios con su ropa, y unos cajones con cintas musicales y de video.

## EN CONSTRUCCIÓN

Desde que comenzó el proyecto Archivo Isidora Aguirre, en mayo del 2014, se inició, en forma paralela, la construcción de un edificio en la calle Sucre; una de sus aristas da a esta ventana desde donde escribimos e investigamos. Por eso abrir las ventanas es sinónimo de dejar entrar el ruido de la grúa de la construcción, el chirrido de los fierros, los gritos de los obreros en la mañana, su silencio moroso a mediodía, su ritmo más parsimonioso en la tarde. Hemos sido testigos del agujero en la tierra, la grúa amarilla moviéndose de un lado a otro, el rugido de las taladradoras. Por la ventana observo la malla de kiwi cercando el área, el movimiento de tierra, las pande-retas destruidas, las vigas verticales creciendo hacia el cielo. A modo de contrapunto nosotros organizamos un material contra el olvido, jalamos la hebra de la memoria de una de las grandes creadoras del barrio, y del país. También cavamos en los distintos estratos de la memoria de la vida y obra de Isidora Aguirre, desde sus primeras obras a sus creaciones más recientes. Cavamos en los sedimentos de las motivaciones, los ensamblajes textuales, vamos hasta a su primera infancia y regresamos a su adultez consagrada teatralmente, a su vejez tranquila y prolífica.

## DESCLASIFICAR LOS ARCHIVOS DE ISIDORA AGUIRRE

Tener acceso a un archivo es tener derecho a la mirada. El derecho a la mirada da licencias, las de experimentar por uno mismo sobre una materialidad valiosa que encripta claves. En la historia de las posdictaduras los archivos han dado base a un ejercicio de desclasificar los secretos de la violencia de Estado. La historia, y lo velado en ella, ha ocasionado la emergencia de su desclasificación, un archivo privado que debe adquirir una dimensión pública, una mirada política para iluminar el espacio vacío de la memoria oficial. A través de imágenes espectrales se denuncia la ausencia, la tragedia. Acá estamos en otro ejercicio, no es el de desclasificar para indagar en la desaparición forzada sino la de recuperar y analizar los archivos de un escritor para conocer mejor su obra. En este sentido, hay algo de desclasificar sus procesos de investigación, los secretos de su cocina literaria, sus recorridos. A veces datos biográficos se cruzan con datos bibliográficos que iluminan documentos inéditos o publicados abriendo espectros de análisis.

En un inicio fue buscar por azar las carpetas, las cajas, seguir las huellas de los últimos hallazgos de los archiveros, Fabiola, Marcelo y Juan Carlos. Mirar y registrar con los ojos y la tecnología del escáner, de la cámara digital, esos documentos que iban apareciendo e iban sugiriendo rutas. Ingresar a la morada de la creadora y atar cabos: sucesos vitales que se cruzan con la escritura, lecturas que funcionaron como disparadores, investigaciones que fueron el material de base. Seguimos la ruta del archivo análogo y digital, la diferencia de la repetición, de algún modo nos apropiamos del *habeas data*, el derecho sobre los datos y construimos un nuevo edificio. En ese buscar y rastrear se genera una dialéctica de ver-por-uno-mismo, de ejercer un acto de mediación entre la génesis y el proceso de una obra, entre su escritura y su recepción, entre su cita y su referencia. Y, también en esa dialéctica, constituimos y organizamos una economía patrimonial, la reificación de un archivo expuesto desde la copia aparecida a una copia digitalizada para un futuro acceso público.

La creación artística sigue modelos rizomáticos, es difícil seguir etapas o causas-efectos, los archivos abren ese espacio misterioso y exponencial donde está el intangible de observar el gesto de tachar, de liberar, de anotar al margen, de investigar, de coleccionar recortes. Los archivos son siempre un proceso discontinuo, de fragmentos sueltos, con y sin marcas cronológicas que ahora se sistematizan, individualizan con un número y se dotan de ciertas referencias espacio-temporales.

## DIARIOS DE VIDA

Isidora era una constante autora de diarios de vida, los primeros datan de su primera infancia con hazañas del día, fotos y dibujos. Escribía diarios y luego los pasaba en limpio en cuadernos o en el computador. Hay un cuaderno de estudiante con tapas delgadas y las tablas de multiplicar en la contraportada. Siempre su letra es ordenada, sus dibujos son atractivos. Hay diarios de viaje, uno en francés sobre su estadía en París en 1949, hay otros sobre los viajes por Latinoamérica en los años ochenta. Entre las páginas se conservan boletas de café, *tickets* de entradas a museo, dibujos de la artesanía del lugar, presupuesto de viaje.

Ejerzo mi derecho a la mirada que tiene el trabajo de archivos cuando tomo la caja RHEIN número 22, carpeta 06, y examino la hoja fechada un 2 de julio (sin año) que ya tiene cierto color amarillento. Ahí encuentro el motivo de por qué una autora como ella lleva diarios: “Escribo a diario para descargar este superávit de vitalidad, de preguntas y respuestas que estorban en mi mente; para saber lo que pienso, poner en orden y claridad en las ideas y en las emociones”. Es verdad, hay notas sobre la crianza, sobre el placer de detenerse en medio de la noche y comer chocolate y fumar un cigarrillo y continuar escribiendo. En sus apuntes hay reflexiones intelectuales, descargas emotivas, agrega en la misma página: “Es una riqueza latente que a veces logro encauzar y convertir en una obra, otras, se apodera de mí y el torbellino me arrastra por

caminos peligrosos y me hundo con ellas”. Y sobre ese superávit de vitalidad señala: “Me pican las manos con el deseo de hacer cosas; primero tengo que poner orden, organizarme, y es demasiada vitalidad, demasiada impaciencia la que me tironea y no puedo empezar nada por querer empezar todo a la vez y terminarlo en el acto”.

Llevo un rato obsesionada con la caja 22, ahí está el diario de vida que sirvió de base a la escritura de la novela *Carta a Roque Dalton*. Tomo un documento con la fecha 3 de diciembre sin año reconocible, pongo un *sticker* amarillo como marcador. Creo que debo seguir la hebra de esta novela, por eso abro las carpetas 9 y 10. Tengo entre mis manos varias versiones, la primera versión mecanografiada y con correcciones. Debo ir de adelante hacia atrás y reconstituir la escena de creación y comprender los cambios en su proceso. La novela comienza con la palabra “inside”, en un papel celeste mantequilla, y se inicia a media res con un “Sí, claro, cosas que quedan”. Se habla de la música de Carmina Burana como una melodía que hipnotiza, y pongo la melodía en mi computador para encomendarme al mismo hechizo de seducción recreando la atmósfera de vivencia y escritura. Miro el juego de palabras “incubando conmigo” y cómo la descompone en IN — CUBANDO, o bien “Incubar en Cuba un amor”.

Sigo preguntándome por qué ella escribió tantas versiones de la novela de Roque Dalton, sigo en la caja 22, carpeta 6, la entrada del 26 de mayo que dice: “Anoche estuvo aquí en mi cuarto, Roque Dalton”. Y siento que en esa frase está la clave de lo que yo hago ahora, que es estar en el cuarto de Isidora buscando su presencia y manteniendo un diálogo póstumo. Tomo una nueva página de este diario: “Perdone, Maestro, por pronunciar su nombre, las once letras, las que en su poema ruega que no las pronuncien. No sé si vino espontáneamente, o si lo estuve llamando. La mejor hora, en todo caso, para charlar con los muertos es eso de las 2 de la madrugada”. “Hay que velarlos y desvelarse con ellos”. Me detengo y miro la hora, cuatro de la tarde, y pienso que estoy forzando ese diálogo en un horario no recomendable. Después de leer ese fragmento me pregunto, cómo yo también intento en este seguimiento comprender las dificultades de la creación, los vaivenes de su ausencia, los proyectos que dejó pendiente, su pasión por sus hijos y amigos.

En la caja 23 encuentro otra versión, está anillada con papel cartón reciclado de alguna tarjeta familiar escrita con letras *scripto* y los cartones anudados con un hilo pitilla. Dice “original fotocopia 1/45 páginas”. En una nota la autora se pregunta: “¿es una novela breve o una carta larga?”. En la tapa otro título “En el sueño el alma tiene ojos de lince....” (novela breve). En la segunda página la dedicatoria “A Roque Dalton” y el epígrafe:

-Las cosas son de quien más las ama.

-¿Y los poetas, Maestro?

-Con mayor razón. —Responde usted desde su cuna de galaxias.

Entonces, supongamos que lo amé y me amaba, y que lo efímero es para siempre.

Más adelante están las páginas en las que relata el modo cómo se entera de su muerte, en el programa televisivo *Sábados Gigantes*: “Maestro, me lo había dicho su amigo, el poeta Lihn, pero no pude creerlo, ni él estaba seguro;—escuchó la noticia en París sin confirmar, así es que en el estudio de televisión de los domingos,— a todo color, cuando anunciaron unas viajeras centroamericanas premiadas de cosméticos *Jean les Pins* entre las que había una compatriota suya”. En este contexto inesperado y absurdo comenta: “Su muerte: un cataclismo silencioso en algún lugar del Caribe”, y sigue abriendo espacio y letra que finaliza en su clásica despedida: “Con amor hasta siempre, *of course*, hasta siempre”.

La muerte de Roque, y las curiosas circunstancias en las que se entera, dan el impulso final para transformar los diarios de vida, cartas y apuntes del encuentro con el poeta en Casa de las Américas en el año 1967, en una novela. Novela que avanza, por un tiempo, dubitativa entre el formato de la correspondencia y el narrativo. En los manuscritos hay varios retazos de papeles insertos que funcionan como corrección, por ejemplo está sobrescrito: “Reconozca que supe adaptarme a ese amor que me proponía, el único posible, medio milagroso y medio marginado”. Yo me pregunto qué frase habría debajo de la que es legible, examino por cuál fue reemplazada, no logro dilucidar la frase original. Desclasifico la contra escritura, la subterránea. La mirada parece ser una forma efectiva de rellenar el espacio vacío de la memoria con ambigüedad.

Isidora comenta que está aprendiendo a leer las imágenes espectrales dejadas por la ausencia de Dalton. Señala que se trata de una escritura de madrugada, por ejemplo, data una hora y una fecha: 3.45 a.m. el 21 de enero, carpeta 2. El texto mecanografiado dice “Carta a Roque, La Habana, 1969”. Observo las tachas, los cortes, quita un “suspira y lee”, lo reemplaza “un nombre” por un “suyo” en huincha de papel. Dice que hay “muertos que perturban en el sueño”, anota “cruzar los umbrales”, pregunta “¿está enterado de lo que sigue?” Le había hecho la promesa en vida que ahora escribe para no decir y recupera el verso: “Alta hora de la noche/ Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre/ porque se detendrá la muerte y el reposo./ Cuando sepas que he muerto di sílabas extrañas./ Pronuncia flor, abeja, lágrima, pan, tormenta./ No dejes que tus labios hallen mis once letras”. Y esta conversación póstuma recuerda que ahora retoma una costumbre familiar que describe así: “Mi madre que charlaba con los difuntos a menudo no tenía respuesta”. Anuncia que es una “charla desigual” en ese enhebrar pedacitos de poemas y sus vivencias. Anuncia que se tratarán de Maestro/Maestra y de “ustedeo”, y comenta de un modo reservado la confidencia de “el muerto que le sobra” en la página 21. A modo de postdata la interrogante: “¿Novela breve o carta larga?”

Me detengo y miro por la ventana, es 23 de enero del 2015 y escucho las voces de los obreros de la construcción, gritan bromas de humor pícaro. Pienso que las voces de los trabajadores que entran por la ventana podría ser material para una futura obra

de Isidora. Me hago mate con azúcar para despertar. En la nueva carpeta encuentro la invitación a la presentación de la novela: 23 de agosto de 1990, editorial Cruz del Sur, librería y ediciones Altamira. La presentó el escritor José Miguel Varas. Pero regreso al origen que dice 4 de julio de 1979, y leo en un diálogo que toma otro cariz durante la dictadura en cuanto al sentimiento desconsolado de los amigos desaparecidos y asesinados, en un período difícil, de represión y muerte, conversar con los muertos se vuelve un necesario ejercicio cotidiano. Entonces, aparece esta novela epistolar como la carta que no se envió al remitente y cuya muerte motiva a ponerla en un “sobre” público. Dice: “Es bueno amar tanto y seguir amando a solas, ya que tú no andas, como Roque, por las galaxias. Y continúa la charla con Roque: “Usted, Maestro, el que tuvo la amabilidad de visitarme la otra noche, estando tan lejos (¿van los muertos a las Galaxias?). Quería decirle que la idea de morir no me asusta desde que usted forma fila en esas “multitudes silenciosas”. Pero sí me asusta el rechazo que siento hacia los tiempos presentes. Un negro boquerón, paralelo a su recuerdo” (18). Escribir para los muertos, para continuar la memoria de los que no están como si Santiago fuese la Comala de Juan Rulfo. Un ejercicio que se asemeja a nuestro proyecto desde el momento que nos hemos propuesto retomar y seguir con Isidora, la creadora que ya no está pero que nos dejó una monumental obra.

Los archivos cuando se abren, nunca más se cierran, trazan rutas infinitas. Seguimos levantando el edificio.